

dos, la cosa no dejó de causarme cierta repugnancia; pero se pretende que éstos, procedentes de la laguna, son de una raza superior, y no pican.—El caso es que los historiadores españoles mencionan las circunstancias de que los indios comían cierto pan hecho con los huevos que las moscas Agayactl ponen en los juncos de los lagos, huevos que, a juicio de los españoles, eran muy sabrosos.

Visitas de españoles.—Visita del Presidente.—Discusión.—Traje de china poblana.—Bernardo el Matador.—Corrida de toros extraordinaria.—Plaza de toros.—Fuegos artificiales.—Retrato de Calderón.—Baile de fantasía.—Traje.—Disfraz de los anfitriones.—La belleza en México.—Visita del doctor.—Tarjetas de "faire part".—Marquesa de San Román.—Estilo de las visitas matutinas de ceremonia.—Robo intentado.—Asesinato de un Cónsul.—La "Huera" Rodríguez.—Dr. Plan.—El señor de Humboldt.—Anécdota.—Costumbres viejas.

5 de enero.

A YER (domingo) tuvimos un gran día en punto de visitas.—Vinieron a vernos españoles en gran número y todos parecían ansiosos por saber si yo intentaba, o no, ponerme el traje de china poblana para asistir al baile de fantasía; asunto por el que mostraban interesarse de una manera sorprendente.—Dos señoritas, o señoras, de Puebla, presentadas por el señor. . . ., vinieron a ofrecerme sus servicios, a fin de comunicarme todos los detalles necesarios, y peñaron a una chiquilla mexicana, llamada Josefa, para que viese yo cómo debía peinarme; mencionaron después varias cosas que me faltaban todavía y me dijeron que todo el mundo está muy satisfecho de que haya yo decidido asistir con el traje de china poblana. Lo que me admiraba era que todo el mundo tuviese que ver con este asunto.—A eso de las doce, el Presidente,

de gran uniforme, y acompañado de sus ayudantes, me hizo una visita que duró cosa de media hora y durante la cual estuvo tan amable como de costumbre.—Poco después llegaron más visitas; precisamente, cuando imaginábamos que ya habían concluido y que íbamos a comer, nos dijeron que el Ministro de Relaciones, el de la Guerra, el de Gobernación, y otras personas esperaban en la sala.—¿Y cuál imagináis que era el objeto de semejante visita? Pues conjurarme, en nombre de cuanto hay de más alarmante; para que deseché la idea de presentarme en traje de china poblana! Ellos me aseguraron que las chinas poblanas son, por lo general, **femmes de rien**, que no usan medias y que la esposa de un Ministro Español no debía, por manera alguna, ponerse semejante traje, ni aun por una sola noche.—Fuí a sacar mi vestido, les mostré su longitud y su decencia, pero todo fué en vano; y la verdad es que no cabe duda de que han de tener razón y que solo un motivo bondadoso les ha inducido a molestarse: por lo tanto, cedí con buena voluntad y dí las gracias al Consejo de Ministros por su oportuna advertencia, si bien temía que en esta tierra de las lentitudes fuera difícil el conseguir oportunamente otro traje para el baile de fantasía, porque habéis de saber que nuestros equipajes se encuentran todavía en camino, como que vienen pausadamente de Veracruz a la capital, a lomo de mula! Apenas se habían ido, cuando el señor... trajo un recado de algunas de las señoras principales de esta ciudad, a las que ni siquiera conozco y las cuales me suplicaban que, en mi calidad de extranjera, las diese permiso para explicarme las razones por virtud de las cuales el traje de china poblana no resulta recomendable en este país, especialmente en una solemnidad pública, como lo sería el baile de marras.—Positivamente, estoy agradecida de que me hayan hecho escapar.

En el preciso momento en que íbamos a comer, llegó

una esquila **reservada**, cuyo contenido me pareció más singular que agradable.—Sin embargo, después he oído decir que su autor, Don José Arnaiz, es un anciano, y hombre que disfruta del privilegio de poder meterse en todo cuanto le da la gana, ora le importe ora no le importa. La copio aquí para vuestra edificación.

“El traje de china poblana es el de una mujer de reputación poco invidiable.—La esposa del Ministro Español es una señora en toda la extensión de la palabra.—Cualesquiera que sean los compromisos adquiridos, ella no debe ir ni como china poblana, ni con traje alguno como no sea el suyo propio.—Así, lo dice al señor de Calderón, José Arnaiz, que le profesa la mayor estimación posible.”

6.—Por ser hoy el día de la corrida de toros extraordinaria, desde temprano aparecieron cartelones en todas las esquinas, anunciándola, junto con el retrato de Calderón! El Conde de la Cortina vino poco después del desayuno, en compañía de Bernardo, el primer espada, a quien nos trajo a presentar. Os envió la invitación, impresa en raso blanco, con su encaje de plata y borlas, para que veais cuán bellamente se hacen estas cosas por acá.—El espada es hermoso, pero tiene aire pesado, si bien dicen que es listo y hábil.—Mañana os escribiré, para daros cuenta de **mi primera corrida de toros**.

7.—Ayer, al atardecer, se temía mucho que lloviese, lo cual habría obligado a posponer la corrida; sin embargo, el tiempo se despejó, sin que los pobres toros supiesen cuánto les iba en que no se despejara.—Se había preparado para nosotros un palco en el centro, con una alfombra y una lámpara de plata; pero fuimos al palco próximo, que es el de nuestros amigos, los Cortinas.—El espectáculo, sobre todo para mí, que no conozco la plaza de Madrid, resultó animado y brillante

en grado sumo.—Imaginaos un inmenso anfiteatro, con cuatro grandes ringleras de palcos y, en frente, una serie de filas de asientos descubiertos, todo repleto hasta la asfixia; los palcos llenos de señoras vestidas de etiqueta, y los tendidos colmados de espectadores pintorescamente ataviados y llenos de entusiasmo. Dos buenas bandas militares tocaban aires de las óperas.—Había variedad extraordinaria de trajes brillantes; y todo, así las señoras como los campesinos, y los oficiales de gran uniforme, estaba iluminado por este cielo eternamente azul. Ya podréis concebir que fué este un espectáculo curioso, al mismo tiempo que variado.

A eso de las seis y media de la tarde, las trompetas anunciaron la llegada del Presidente, quien vino de uniforme, acompañado de su Estado Mayor, y se sentó a los acordes de la música de "Guerra, Guerra, I bellici trombi!" Poco después, los toreros y los picadores, aquéllos a pie y éstos a caballo, hicieron su entrada, saludando a todos los rumbos del redondel, y fueron recibidos con entusiastas exclamaciones de júbilo.

El traje de Bernardo, de azul y plata, era muy hermoso, y le costó quinientos duros.—Se dió la señal, se abrieron las puertas y saltó un toro a la arena.—No por cierto, un animal grande y de feroz aspecto, según se les ve en España, sino una bestezuela pequeña, furiosa y de continente salvaje, con el ojo turbado.

"Tres veces suena el clarín: atención! la señal se oye,
Se dilata la caverna, y con muda expectación
La gente que hincha el circo abre la boca en todas partes.
Surge con salto formidable el poderoso bruto
Y, mirando salvajemente, huella con pie inquieto
La arena, sin lanzarse ciegamente al enemigo.

Con su testuz amenazante apunta a todas partes
Y dispone su ataque, sacudiendo inquietamente
La cola enfurecida y sus ojos fulgurán chispas..."

Pintura tan correcta como poética.—Esta primera pose del toro es sencillamente soberbia! Pasta, en su Medea no supo excederla.—Entre tanto, los matadores y los banderilleros le sacuden por delante los rojos capotes, mientras los picadores lo acosan con sus puyas.—La bestia se lanza sobre el primero que a su vista se ofrece, y los toreros saltan sobre la arena; luego galopa detrás de ellos y acomete a los caballos, haciéndoles rodar con sus jinetes por el polvo; mas picadores y caballos recobran inmediatamente el equilibrio, pues no hay tiempo que perder.—En seguida, los banderilleros le clavan fisgas de fuego, petardos adornados de flamantes cintas que, enredándose en los cuernos, le envuelven en una llamarada cada vez que sacude la cabeza. Ocasionalmente, un picador se apodera de la cola del bruto y, pasándola bajo su propia pierna derecha, hace girar su cabalgadura y fuerza al toro de galopar hacia atrás y caer sobre su geta.

Loco de dolor, chorreando sangre, lleno de dardos y cubierto de fuego de artificio, el infortunado toro da la vuelta al circo galopando y se arroja ciegamente sobre hombres y caballos, procurando con frecuencia saltar la barrera, lo cual impide la multitud, que agita sus sombreros y lanza alaridos. Por último, cuando el animal está puesto en jaque y casi agotado, el espada corre hacia él y le da una estocada mortal, prueba especial de habilidad.—Se detiene el toro, cual si sintiera la llegada de su postrer instante, vacila, hace intentos de arrojar en el vacío y rueda por suelo. Un último puntillazo, y el animal expira.

Sonaron las trompetas y estalló la música. Cuatro caballos que arrastraban un yugo penetraron galopando al redondel;

el toro fué uncido al yugo y prestamente arrastrado fuera de la arena.—Esta última parte produjo un bello efecto, que me hizo pensar en el circo romano. De manera semejante murieron ocho toros. El espectáculo es hermoso en su totalidad: la destreza de los toreros atrae; pero el tormento y las heridas que sufre el toro, son cosa que os enferma, y como aquí se le lidia con los cuernos embotados, siente uno mayores simpatías por él que por sus adversarios del género humano.—No puede ser cosa buena el acostumbrar al pueblo a que contemple estos sanguinarios espectáculos.

Sin embargo, preciso es que os confiese que, aun cuando en el principio me cubrí el rostro y no quería ver, poco a poco el espectáculo me fué interesando de tal manera que no podía apartar mis ojos de él y fácilmente puedo explicarme el placer que en estas bárbaras diversiones encuentran los que a ellas están acostumbrados desde la infancia.

Luego que terminó la corrida de toros entre recias y prolongadas aclamaciones de la multitud, quemaron un castillo de fuegos artificiales, erigido en medio del circo; y el esplendor de las luces de colores aparecieron primero las armas de la República, el Aguila y el Nopal; y encima de ellas, un retrato de cuerpo entero de Calderón, representado por una figura de azul y plata. Abajo vino el águila mexicana, con su estallido, mientras él seguía ardiendo brillantemente, iluminado por los buscapiés, en medio de tremendos alaridos y aclamaciones.—Así concluyó esta función extraordinaria, y cuando todo hubo pasado, fuimos a comer a casa de la Condesa de la Cortina, donde hubo música por la noche, y por fin regresamos a nuestra casa más cansados que otra cosa.

10.—Dióse anoche en el teatro el baile de fantasía, y aun cuando, debido a algún cambio de la temperatura, o bien a la humedad de la casa, he tenido que estarme encerrada desde el

día de la corrida, y no pude ir a una agradable comida en casa del Ministro inglés, consideré que era conveniente presentarme de todos modos en el baile.—Habiendo prescindido del traje de las chinas poblanas, por ser ligeras de cascos, adopté el de una virtuosa contadina romana, traje suficientemente sencillo para improvisarlo en un día: falda blanca, cuerpo rojo, con cintas azules y velo de encaje, puesto por detrás en forma de cuadro; a propósito del cual tocado, diré que es cosa muy común entre las indias el llevar una pieza de tela cuadrada, doblada, puesta sobre la cabeza, a la italiana; y como nada la sujeta, no alcanzo a imaginar qué hacen para trotar, como trotan, sin que se les caiga.

Llegamos al teatro a eso de las once, y encontramos la *entrée* muy tranquila y ordenada, no obstante el estar repleta de carruajes.—El *coup d'ocil*, al entrar, era extremadamente alegre y muy divertido, por cierto.—El baile, a beneficio de los pobres, había sido apadrinado por las señoras de Cortina, de Gorostiza, de Guerr...a y otras; pero el teatro estaba tan sucio y en tan malas condiciones, que para poderlo adecentar fué preciso que se gastaran casi todos los productos.—Tal como estaba, y considerando las dificultades, el arreglo resultaba muy bueno.—Las linternas, con sus velas de sebo, fueron substituídas por hermosas arañas, los palcos estaban decorados con brillantes colgaduras de seda y un baldaquín de lo mismo, arreglado en figura de tienda, cubría todo el salón de baile. La orquesta era también bastante buena.—Los palcos estaban llenos de señoras, que ofrecían a la vista una sucesión interminable de chales de crespón de China, de todos los colores y variedades y profusión monótona de aretes de brillantes; mientras que, en el patio mismo, si alguna vez hubo baile que mereciera se le llamase fantasía, fué este baile.—De campesinos suizos, campesinos escoceses, y toda clase de campesinos, había un excelente surtido, como también de turcos, **highlan-**

ders, y de hombres vestidos con trajes comunes y corrientes. Pero por ser el baile público, la concurrencia, naturalmente, no era selecta y entre mucha gente bien vestida, había centenares de personas que, sin asumir carácter alguno en particular, habían ejercitado su imaginación con muy buen éxito para parecer, simplemente, fantásticos.—Una, por ejemplo, llevaba una falda de paño escarlata y sobre ella una saya de raso rosa, con cintas escarlatas, para hacer juego; otra un traje corto de raso azul, bajo del cual aparecía una hermosa falda de raso púrpura, el todo adornado con flecos amarillos. Parecían los signos del Zodiaco.—Todas llevaban diamantes y perlas, así las viejas como las jóvenes, y las de media edad, y las niñas, de las cuales había abundante número.

Las señoras madrinas estaban muy elegantes.—La señora de Gu...a llevaba en la cabeza un tocado en forma de red, compuesto enteramente de perlas y diamantes muy grandes: una fortuna.—La señora de la Cortina, en traje de Madame de La Valliere, de terciopelo negro y diamantes, se veía bonita, como de costumbre; pero el frío que se dejaba sentir en el teatro la obligó a envolverse en pieles y boas, y de esta manera ocultaba su traje.—La señora de Gorostiza, disfrazada de María, Reina de Escocia, de terciopelo negro y perlas, con un espléndido collar de brillantes, estaba extremadamente hermosa, llevaba un gorro igual al que la Albini introdujo en su papel de Reina de Escocia; pero el cual, si bien bello en sí mismo, es una desviación completa de gorro verdadero de la Reina María, tan bello como sencillo.—Ella, ciertamente, tenía aire de haber llegado a la flor de sus años sin conocer a Fotheringay.

Me fueron presentadas varias señoras, las cuales sólo esperaban nuestra tarjeta de *faire* para visitarnos. Entre las señoritas, las que mejor vestidas me parecieron lo eran las de F...d, una de ellas hermosa, con la figura y la cara de

campesina española; otra mucho más graciosa y de aire inteligente, aun cuando con menor belleza efectiva.—Sin embargo, eran tantas las personas de la sociedad más elegante que se encontraban en sus palcos, que, según se dice, no ha sido ésta la mejor oportunidad para juzgar de la belleza del estilo o del traje de la mujer mexicana; además de lo cual, como estos bailes de fantasía, no son cosa frecuente, parece que se verán mejor en sus trajes de todos los días.—Juzgando en conjunto, había pocas bellezas notables, poca gracia, y poca gente que bailara bien.—Había demasiado terciopelo y raso, y los trajes estaban recargadísimos.—Los diamantes, aunque soberbios, estaban, por lo común, mal montados.—Los trajes, comparados con la moda actual, eran absurdamente cortos, y los pies, pequeños por naturaleza, aparecían estrujados dentro de zapatos aún más pequeños, lo que les quitaba la gracia, bien fuese al andar o al danzar.

Ví muchos soberbios pares de ojos y bellas manos y brazos, modelos que un escultor encontraría perfectos, especialmente las manos. Escaseaban los buenos colores.

Había un joven, que me enseñaron, disfrazado de *highlander*. Cómo habría yo deseado que Sir William Cunning-MacLeod de MacLeod, o algún verdadero jefe de los *Highlands* hubiera aparecido súbitamente para confundirlo y para enseñar a la gente de aquí lo que es realmente ese traje.—Había varias infortunadas niñas, cubiertas con blondas y flores, el cabello con flores artificiales.

El teatro estaba excesivamente frío y su olor antiguo no había desaparecido por completo, y aun pienso que todos los perfumes de la Arabia no lograrían hacerlo desaparecer.—Después de haberme paseado por todas partes, admirando la variedad de trajes de fantasía y como me sintiese casi congelada, me fui al palco de la Condesa de la Cortina, en la fila del patio, y me envolví en mi capote. Me mostraron las más

distinguidas personas de los palcos, entre otras, la familia de los E...s, cuyas mujeres son muy hermosas, de brillantes colores y bellos dientes.—Nos quedamos hasta las tres de la madrugada, y declinamos las invitaciones que se nos hicieron para tomar algo, aun cuando, viéndolo bien, no nos habría caído mal una taza de chocolate.—Creo que en alguna parte había cena, pero sólo para los caballeros.—Tuve la satisfacción, de ver, al salir, numerosas señoras del brazo de sus acompañantes, las cuales no obstante el hallarse aderezadas con fina pedrería, se paraban, frescas y bellas, bajo las lámparas, y encendían sus cigarrillos.

16.—He pasado cerca de una semana con una ligera fiebre, con alternativas de tiritar y de sentir calor.—Me asistió un doctor del país, que parece ser la criatura más inofensiva que pueda imaginarse.—Cada día me tomaba el pulso, y me recetaba alguna pocioncilla inocente. Pero lo que me dió en realidad, fué una serie de lecciones de urbanidad y buenas maneras. Todos los días, cuando él se levantaba para despedirse, sosteníamos el siguiente diálogo:

—“Señora” (parado junto a la cama) estoy a sus órdenes”.

—“Muchas gracias, señor”.

—“Señora (en los pies de la cama) reconózcame por su más humilde servidor”.

—Buenos días, señor”.

—“Señora (parándose junto a la cama) beso a usted los pies”.

—“Señor, beso a usted la mano”.

—“Señora, (ya cerca de la puerta) mi humilde casa y todo cuanto hay en ella, yo mismo, aunque inútil, todo lo que tengo, es suyo”.

—“Mil gracias, señor”.

Hace una cortesía al abrir la puerta, y después de abrirla, hace otra:

—“Adiós, señora, servidor de Ud”.

—“Adiós, señor”.

Sale entreabre luego la puerta, y asomando la cabeza:

—“Buenos días, señora”.

Así se prolongaban estos cumplimientos, no de otra manera que si el despedirse un doctor de su paciente fuese alguna “dulce pena”, y la verdad es que todo esto me parecía muy fuera de lugar.—Aquí se considera que es más fino el llamar a una mujer **señorita**, y no **señora**, siquiera se trate de alguna casada; y a la señora de la casa no la llaman las criadas sino por el dictado de “la Niña”, aun cuando tenga ochenta años.—Esta última costumbre es todavía más común en la Habana, donde las negras viejas, que siempre han vivido con la familia y están acostumbradas a llamar a sus amitas por sus nombres, no dejan esta costumbre, nunca, cualquiera que sea la edad de las niñas.

He recibido un paquete de cartas, que me han hecho más provecho todavía que todas las visitas del viejo doctor.—El capitán del “Jasón” se despidió ayer de nosotros, y le encargué que os lleve, de mi parte, una caja de chocolate con figuras estampadas, así como varios dulces curiosos. Hace algunos días se repartieron nuestras tarjetas, en las cuales, aunque tadiamente, dábamos parte a los mexicanos de nuestra llegada. Copio una, para que podáis tener una muestra de estilo, que parece el de algún anuncio de tienda de novedades, avisando que don Fulano hace pelucas, arregla el cabello, etc., mientras que doña Mengana lava encajes, y plancha lencería fina.

"Don Angel Calderón de la Barca, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica, cerca de la República Mexicana, y su esposa Doña Fanny Erskine Inglis de Calderón de la Barca, participan a Ud. su llegada a esta capital y se ofrecen a su disposición, en la plazuela de Buenavista, número 2".

18.—Durante los últimos días ha estado nuestra casa llena de visitas y mis ojos han podido apenas acostumbrarse a la exhibición de diamantes, perlas, sedas, rasos, blondas y terciopelos, con los que las señoras nos han hecho su primera visita de etiqueta. Para información vuestra, he de describir unos pocos de esos vestidos, no porque se trate de los más ricos, sino porque son aquéllos de que me acuerdo mejor.—La Marquesa de San Román, dama entrada en años que ha viajado mucho por Europa y es mujer muy distinguida por su ilustración y talento.—Tiene la Gran Cruz de María Luisa de España, pertenece a una noble familia veneciana y es tía del Duque de Canizzaro. Su vestido era de rico terciopelo negro de Génova, mantilla negra de blonda y espléndido aderezo de brillantes. Parece estar sumamente delicada de salud. Ella y sus contemporáneos se están esfumando a toda prisa y son los últimos restos de la época del Virreinato.—En su lugar ha brotado una raza nueva, que tiene poco, por sus maneras y apariencia, de la *vieille cour*; son, principalmente, según se dice, esposas de militares, surgidas de las revoluciones, ignorantes y llenas de presunción, como *parvenues* que deben su exaltación a un golpe de la suerte y no al mérito como parece que debería ser. Sigo mi lista, al modo del Diario de la Corte.

Condesa de Santiago. Refajo de rico raso violeta, traje de blonda negra, mantilla de lo mismo, aretes de diamantes, cinco o seis prendedores de brillantes sujetando la mantilla, collar de grandes perlas y diamante *sevigné*.

La señora de S... Traje de raso blanco, cuerpo de blonda del mismo color, perlas, diamantes y zapatos blancos de raso.—Madame S...: traje de terciopelo negro, mantilla blanca de blonda, perlas, diamantes, mangas cortas y zapatos blancos de raso.—La señora de Adalid: traje de raso color de cervatillo, mantilla negra de blonda y zapatos negros de raso.

La señora de Valencia, esposa de un General, extremadamente rica y la cual es dueña de la casa más hermosa de México. Traje de terciopelo púrpura, todo bordado de flores de seda blanca, mangas cortas y corpiño bordado, zapatos de raso blanco y *bas a jour*, un hondo cirel de puntas de Malinas, apareciendo bajo el corto traje de terciopelo. Mantilla de blonda negra, sujeta con tres penachos de diamantes. Aretes de brillantes de tamaño extraordinario. Collar de diamantes de inmenso valor, bellamente montados.—Collar de perlas peras, valuado en veinte mil duros. *Sevigné* de diamantes. Cadena de oro que le daba tres vueltas alrededor del cuello y le caía sobre las rodillas. En cada dedo, dos anillos de brillantes, del tamaño de relojitos.—Como ningún otro traje se le igualaba en magnificencia, concluyo con ella mi descripción y sólo hago observar que, hasta ahora, ninguna señora mexicana me ha hecho su visita matutina sin venir paramentada con brillantes. Se ve que tienen pocas oportunidades de lucir sus joyas, de modo que, si no fuese por las que les ofrecen las raras visitas de etiqueta, por las mañanas, los diamantes permanecerían en sus estuches, desperdiciando sus fulgores en la obscuridad.

Anoche hubo un conato de asalto en nuestra casa, pero Hércules, nuestro *bull dog*, regalo del señor Adalid, supo defender tan bien el terreno y ladró con tanta furia, que todos los criados despertaron, inclusive el portero, que es el que disfruta de mejor sueño, y los ladrones tomaron las de Villadiego, sin haber causado más perjuicios que el infligirle una

profunda herida al animalito en la pata, de cuyas **resultas** está temporalmente cojo.

A propósito, no ha mucho tiempo fué cometido un crudelísimo asesinato, del que he sabido recientemente todos los detalles, en la persona de M. M..., Cónsul de Suiza.—Este caballero era también comerciante en pieles, y una mañana, después de que había enviado a su portero al desempeño de alguna comisión, se detuvo un carruaje frente a su puerta y tres individuos se presentaron ante M. M..., manifestándole que deseaban hablarle de negocios.—Rogóles que entraran, y así lo hicieron un general, de uniforme, un joven oficial y un monje.—M. M... les rogó que le informaran de qué negocio se trataba, y repentinamente el general se le echó encima y lo sujetó, mientras los otros iban a asegurar la puerta y exclamaban:

—“No hemos venido a oírle a Ud. hablar de sus mercancías. Necesitamos su dinero”.

El pobre suizo, aturdido, y dándose cuenta de la clase de clientes con los que tenía que habérselas, les aseguró que era muy poco el dinero que había en la casa, y procedió en seguida a abrir sus cajones particulares y a vaciar su contenido, el cual, en realidad, montaba sólo a unos pocos centenares de duros. Encontrando que, efectivamente, no tenía más que darles, los ladrones se preparaban para retirarse, cuando el monje dijo:

—“Debemos matarle, porque de otra manera nos reconocerá”.

—“No”, dijeron los oficiales “déjale y vente. No hay peligro”.

—“Váyanse”, dijo el fraile, “yo les sigo” y, volviéndose, dió una puñalada al Cónsul en el corazón.—Los tres individuos volvieron a meterse en el carruaje y se marcharon a toda prisa.—Pocos minutos después regresó el portero, y encon-

tando a su amo bañado en sangre, corrió a una casa de juego vecina y dió la voz de alarma. Varios caballeros acudieron a prestar auxilio; pero el herido murió una hora después, no sin dar antes todos los detalles de aspecto y del traje de sus asesinos, así como las señas del carruaje.—Por estos datos se les descubrió pronto, y gracias a la energía del Gobernador, que lo era a la sazón el Conde de la Cortina, fueron arrestados y ahorcados en los árboles de frente a nuestra casa, juntamente con el verdadero coronel mexicano que había prestado a los rufianes su coche para aquella hazaña.—Raras veces encuentra el crimen tan rápido castigo.

Cuando nuestro amigo el Conde de la Cortina era Gobernador de México, se le celebraba por su energía en el “perseguimiento de los ladrones”, como dicen por acá.—Se cuenta que en una ocasión pecó por exceso de celo.—Habíanse cometido varios robos en la ciudad y él recibió una indicación del Gobierno, en el sentido de que la escapatoria de esos criminales era considerada en las altas regiones como una prueba de tibieza en el servicio público. Pocos días después, cabalgando en las calles, observó el Conde la presencia de un ladrón conocido, quien, al advertir que se le había descubierto, echó a correr por otra calle, con la rapidez de una flecha.—El Gobernador le persiguió a caballo, mientras el bandolero corría hacia la plaza, y se introducía violentamente en el santuario de la Catedral.

El Conde penetró al galope al templo y extrajo al fugitivo del lugar donde se había refugiado, cerca del altar mayor.—Esta violación del sagrado de la iglesia fué naturalmente reprochada con severidad; pero, según lo hacía notar el propio Gobernador, ya no se le podría acusar de falta de celo en el cumplimiento de sus obligaciones.

El mismo Conde contrató para su portero al capitán de una cuadrilla de ladrones y le ordenó que se estuviese en la

puerta y capturase a cualquiera de sus antiguos conocidos que acertara a pasar por la casa, en el concepto de que su propio indulto dependería del celo que demostrase en el cumplimiento de esta orden.—Caminando una vez hacia su casa de campo con su mujer, dicho hombre les acompañaba en calidad de criado, cuando les alcanzó un mensajero que rogó al Conde regresara inmediatamente a la ciudad para algún negocio de importancia y urgencia.—Ya oscurecía, y sin embargo, Cortina, fiándose en la honorabilidad del ladrón, le ordenó conducir a la señora hasta la hacienda, y ella sola, a caballo, en compañía de este inquietante guía, continuó su camino sana y salva.

Antes de poner término a la presente carta, quiero decir que esta mañana recibí la visita de una persona muy notable, bien conocida aquí con el nombre de "la Huera (rubia) Rodríguez", de la cual se dice que hace muchos años fué celebrada por Humboldt como la persona más bella que había encontrado en sus viajes. Considerando el tiempo que ha transcurrido desde que este distinguido viajero recorrió esta parte del mundo, no pude menos que sorprenderme cuando me entregaron su tarjeta y me dijeron que me buscaba; y me admiré más aún cuando advertí que, a pesar de los años y de los surcos que el tiempo se complace en arar en las más amables caras, la Huera conserva todavía una profusión de bucles rubios, sin una sola cana, un bello juego de dientes blancos, muy hermosos ojos y gran vivacidad.

Su hermana, la marquesa de Uluapa, recientemente muerta, se dice que fué también mujer de gran talento y de extraordinarias facultades para la conservación de su belleza: fué ella otra de las de la vieja nobleza, que van desapareciendo.—El médico que la asistió, un francés llamado Plan, que disfruta aquí de mucha reputación, pasó su cuenta a los albaaceas por la cantidad de diez mil duros, suma que, si bien no

causa grande admiración, la familia se ha negado a pagar, por lo que hay pleito pendiente.—Han llegado a tal punto en México las extorsiones de los médicos, especialmente los extranjeros, que una persona de moderada fortuna debe vacilar mucho antes de ponerse en sus manos. (1). Una rica anciana, que no padece enfermedad especial pero se encuentra delicada de salud, constituye para ellos una mina más abundante que si fuese de plata.

La Huera me pareció muy agradable y la más perfecta de las crónicas vivientes. Está casada en terceras nupcias y tuvo tres hijas, bellezas de fama las tres: la Condesa de Regla, que murió en Nueva York, donde está enterrada en la Catedral; la Marquesa de Guadalupe, también difunta, y la Marquesa de Agreda, que es ahora una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt, y refiriéndose a sí misma en tercera persona, me relató todos los detalles de su primera visita y de la admiración que él la profesaba; díjome que, a la sazón, si bien ya era ella casada, todavía tenía pocos años, y ya vivían dos de sus niños; y que cuando el barón fué a visitar a la mamá de la Huera, esta última se hallaba sentada en un rincón, de modo que el visitante no advirtió su presencia, hasta que, hablando con mucho entusiasmo a propósito de la cochinilla, preguntó él si podría visitar cierto distrito, en el que había una plantación de nopales.

—“Por supuesto”—dijo la Huera desde su rincón—“podemos llevar allí al Sr. de Humboldt”.

—“Válgame Dios, ¿quién es esta muchacha?” exclamó

(1) Más tarde, el Gobierno mexicano ha tomado en consideración este asunto y está preparando una reglamentación, en virtud de la cual, antes de permitirse a un médico el ejercicio de su profesión, es preciso que compruebe que posee determinados conocimientos, así como que ha residido cierto tiempo en la ciudad; también se ocupan en preparar un arancel de médicos.—(Nota de la Autora).

él, después de haber advertido su presencia, y no sin contemplarla antes largo rato, lleno de sorpresa.—En lo sucesivo, procuraba estar con ella constantemente, más enamorado de su talento que de su belleza, considerándola una especie de *Madama de Stael*, de Occidente, todo lo cual me induce a imaginar que el grave viajero estuvo bajo la influencia de la fascinación que ejercía la joven y que ni las minas ni las montañas, ni la Geografía o la Geología, ni las conchas fósiles o los *alpenkakestein*, le embargaban de tal manera que no pudiese concederse a sí mismo el placer de una *stratum* de coqueteo.—Es un consuelo el pensar que, “a veces, hasta *Humboldt* dormita”.

Una de las historias que me contó la Huera es muy original, y no he de dejar de ponérsela aquí.—Habiendo muerto en México una señora de elevada alcurnia, sus parientes dispusieron llevarla al lugar de su postrer descanso, vestida, conforme a la moda de la época, con el más magnífico de sus trajes, que era el que había usado para su casamiento.—Este traje era una maravilla de lujo, aun en México.—Lo componía en su totalidad el más fino encaje, y los caireles eran de una especie de punto que costaba a razón de cincuenta duros la vara (que es la yarda mexicana). Tenía por adornos y garniciones, arcos de cinta ricamente bordada de oro. Tal era el traje con que depositaron en su ataúd a la Condesa de... mientras que millares de amigos queridos se amontonaban para verla por última vez en su traje de muerta, y por último fué llevada a la tumba, cuya llave se entregó al sacristán.

De la tumba a la ópera hay un camino muy largo: sin embargo, ambas cosas tienen su parte en la presente historia.—Sucedió, pues, que apareció en México una compañía de danzarines franceses, de vigésima clase, y la bailarina principal era una damisela francesa, notable por lo corto de sus enaguas, su coquetería y sus asombrosas piruetas. La noche

que daban un *ballet* favorito, *Mademoiselle Pauline* hizo su *entrée* con una serie de piruetas, y sosteniéndose en las puntas de los pies, miró en derredor suyo en demanda de aprobación, cuando el público estalló en un murmullo de indignación, acompañado de un repentino estremecimiento de horror.—El traje de *Mademoiselle Pauline* era el mismísimo traje con que había sido sepultada la Condesa. Encajes, caireles de punto, cintas de oro, imposible equivocarse.—Apenas había caído el telón, cuando la bailarina se vió rodeada de las autoridades competentes, las cuales la interrogaron acerca del modo como había adquirido aquel traje.—Respondió que lo había comprado, por un precio extravagante, a una modista francesa de la ciudad.—Ella no había violado tumba alguna, sino, simplemente, pagado onzas de oro de su legítima propiedad.—A ver a la modista fueron los empleados de la Justicia.—Ella también alegó inocencia.—Lo había adquirido de un hombre que se lo trajo para su venta, y a quien pagó mucho más de su peso en oro, que indudablemente, lo valía.—A fuerza de investigaciones pudo identificarse a este hombre, el cual resultó ser el sacristán de la iglesia de San... ¡Imprevisor sacristán! Se le arrestó y se le metió en chirona, y de su codicia resultó algo bueno, pues que en lo sucesivo, y a fin de evitar futuras tentaciones sacristanescas, se estableció la costumbre de que, después de que el cuerpo permanece tendido por algún tiempo, vestido solemnemente con un traje magnífico, se cambia éste por otro muy sencillo, antes de depositar el ataúd en la bóveda.—¡Pobre vanidad, al fin y al cabo!

Una señora que ha dicho que, cuando murió su nieta, no sólo se la envolvió en ricos encajes, sino que, juntando los diamantes de tres condesas y cuatro marquesas, la cubrieron de collares, brazaletes, anillos, prendedores y tiaras, por valor de varios millares de duros.—La calle fué adornada con

colgaduras y tocó una banda de música, mientras que el cuerpo era visitado por todos los títulos, parientes de la familia, que iban a verla en su difunto esplendor; pobre chiquilla! y al mismo tiempo su madre lloraba por ella, como por sus muertas esperanzas, pues que era el último vástago de una gran casa. Tiene el dolor maneras diferentes de exhibirse; cabe, sin embargo, pensar que cuando busca consuelo en la ostentación no debe de ser tan profundo como cuando lo evita.

C A R T A D E C I M A

San Fernando.—Casa de Pérez Gálvez.—Una mudanza.—Tamaño de la casa.—Viejo monasterio.—Vista de una puerta de sol.—Visitas vespertinas.—Etiqueta mexicana.—Vista nocturna desde la azotea.—Tacubaya.—Magueyes.—Fabricación del pulque.—Organos y nopales.—Alrededores de México.—Milagro.—Hacienda.—Visita de la Condesa de la Cortina.—Casa.—Arzobispado.—Anécdota.—Apreciación comparativa de la belleza.—Indios.—Rancheritas.—Cordialidad mexicana.—Misas por los muertos.—San Agustín.—Estilo de invitación.—Muerte de un Senador.—Una equivocación.

San fernando, 25 de febrero.

DURANTE los últimos tiempos hemos estado entretenidos en varias ocupaciones desagradables; primero la de encontrar, después la de alhajar, y por último la de trasladarnos a otra casa. Estábamos muy ansiosos de tomar en arrendamiento la de la marquesa de Uluapa, que es bonita, se halla bien situada y tiene jardín; pero el agente, después de hacernos esperar su decisión durante más de una quincena, nos informó que había decidido venderla.—Las rentas son excesivamente altas: nada pasadero se puede encontrar por menos de dos mil quinientos duros al año, sin muebles. Hicimos gestiones, con anterioridad, para arrendar una casa que no está muy distante de nuestra actual residencia, y la cual es un palacio del que ya os he hablado, y en el que residió Santa Anna durante algún tiempo, y estuvo también la legación